

Algunas perspectivas teóricas sobre la concepción de la movilización social, en los orígenes del movimiento indígena Manuel Quintín Lame, para el período histórico colombiano comprendido entre 1910-1930

**Por: José Javier Capera Figueroa¹
Sergio Alfonso Huertas Hernández²**

RESUMEN

El presente artículo analiza la categoría de movilización social a partir de los presupuestos teóricos y conceptuales de la literatura de los movimientos sociales para finales de siglo XIX e inicios del XX. En primer lugar, se propone realizar una reflexión sobre la noción conceptual de los movimientos indígenas, buscando una interrelación con los orígenes del movimiento Manuel Quintín Lame en el periodo histórico Colombiano (1910 – 1930). Buscando así establecer una explicación teórica proveniente desde la ciencia política sobre los movimientos sociales, enfocándolo en los contextos indígenas latinoamericanos. De esta manera se recurre al análisis documental como criterio de abordaje del artículo. Así mismo, se plantearan algunas conclusiones que versaran sobre el movimiento indígena Manuel Quintín Lame y su correlación con la teoría de los movimientos sociales.

PALABRAS CLAVES: Movimientos sociales, Movimiento indígena, Movimiento indígena Manuel Quintín Lame, Movilización social.

INTRODUCCIÓN

Los avances teóricos que se han realizado en el campo de la ciencia política responden a las discusiones epistemológicas y metodológicas sobre la cientificidad de ella misma y como por medio de la disciplina se ha intentado abordar el estudio de los movimientos sociales. Es decir, que para dar explicación sobre los objetos de estudio como lo son el poder, el Estado, las instituciones, la administración pública, las relaciones internacionales, entre otros; se ha generado

¹ Estudiante de la Universidad del Tolima (Colombia) adscrito al programa de Ciencia Política. Pertenece a los grupos de estudio de la conferencia episcopal Colombiana. Actualmente desarrolla líneas teóricas sobre temas de Ciudadanía, Desarrollo Sustentable y Literatura Política. Igualmente, integra el grupo de Estudio Diatribas Contemporáneas y el Semillero de investigación “Territorio Ambiente y Desarrollo” ambos residen en la Universidad del Tolima. Correo electrónico: Caperafigueroa@gmail.com

² Estudiante de la Universidad del Tolima (Colombia) adscrito al programa de Ciencia Política. Pertenece al Grupo de Investigación sobre la Historia de la Ciencia Política en América Latina (GIHCIPOLAL), el cual Cuenta con el aval de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Actualmente desarrolla líneas teóricas sobre temas de Estudios disciplinares, comunicación política y espacio público. Igualmente, integra el semillero de investigación “La Ciencia Política ¿una cuestión disciplinar?” que reside en la Universidad del Tolima. Correo electrónico: Sahuertas26@gmail.com

un compendio de enfoques que han servido para solventar las necesidades en miras a dar respuestas a los fenómenos políticos de una determinada época.

Muestra de esto lo encontramos en los presupuestos teóricos que cobran una serie de divergencias, tal como lo señala Abal Medina (2000) “Cada uno de estos enfoques o perspectivas tuvieron épocas de auge y decadencia. Cada uno de ellos sostiene una visión particular de la naturaleza de lo político (una ontología), del proceso de teorización que debe llevarse a cabo (una epistemología) y de los medios adecuados para conocerlo, es decir una orientación metodológica” (Medina, 2000).

De otra manera, la teoría de los movimientos sociales estudiada desde la ciencia política, se articula de la siguiente forma: El enfoque de la teoría de la elección racional, que otorga un papel neurálgico al interés individual en búsqueda de su mayor provecho; los trabajos de M. Olson (1965) o G. Tullock (1971) son los mejores botones de muestra (Marugán, 2001, pág. 21). Intentando así, realizar un ejercicio sobre los elementos y los factores que están inmersos dentro de la construcción de los movimientos sociales. Por ello, la visión de la elección racional pretende realizar un ejercicio de ventajas y desventajas de la acción política en los movimientos.

En ese sentido, el trayecto histórico que ha desarrollado la ciencia política en su ejercicio de institucionalización, responde a realizar abordajes conceptuales sobre temas como lo son: Partidos políticos, formas de gobierno, Democracias, Regímenes políticos y los movimientos sociales. Ya en el caso de los movimientos sociales se logra identificar que autores como Lechner (1981), menciona que la política ya no es lo que fue; en ese sentido no se puede seguir esperando de ella los grandes proyectos y utopías que en algún momento de la historia la caracterizaron, ni puede pensarse que a través de la política sea posible la construcción de un orden social. La política cobra nuevos significados en los movimientos sociales que intentan refundar la utopía y apostarle a la construcción de otros mundos posibles (Molina Orjuela & Caicedo Córdoba, 2012, pág. 214).

Por consiguiente, se establece a su vez que normalmente el estudio de los movimientos sociales se ha orientado en tres direcciones: (1) hacia el análisis del contexto en que estos emergen; (2) sobre su forma particular de organizarse, actuar y comunicarse, y (3) respecto al impacto que estos generan al actuar (Puig S. M., 2010). Teniendo en cuenta estas tres orientaciones, el objetivo del presente artículo, consiste en elaborar una reflexión en torno a la segunda dirección; ya que como lo menciona Puig (2010) el estudio de los movimientos como actor político, permite la pretensión de intentar analizar qué tipo de acción colectiva genera, como se organizan y que simbología crean desde el interior para el exterior y recíprocamente. En esta dirección es posible sintetizar los ángulos de análisis a través de las preguntas: ¿qué hacen los movimientos sociales? y ¿cómo?

Dentro de esta perspectiva, a continuación se presentara algunas aproximaciones a la teoría de los movimientos sociales para tener un abordaje teórico-conceptual sobre el que hacer de los movimientos sociales, una vez comprendido esto, se elaboraran unas observaciones acerca del movimiento indígena para de esta manera dar paso a la relación que se logra establecer entre la

ciencia política y los movimientos sociales; lo cual contribuirá hacer una reflexión rigurosa sobre el siguiente cuestionamiento: *¿Cuáles son las concepciones teóricas y conceptuales, que se logran identificar en la categoría de movilización social, con respecto a los orígenes del movimiento indígena Manuel Quintín Lame?*, y con ello se espera llegar a algunas consideraciones finales al respecto del desarrollo teórico construido.

Algunas aproximaciones a la teorización de los movimientos sociales y su relación con el Movimiento Indígena Manuel Quintín Lame³

Las grandes transformaciones sociales, que se han originado responden a una serie de elementos que gradúan el tiempo y las dinámicas de la sociedad. Por una parte, encontramos que la concepción proveniente de la modernidad, donde se fraguaron ideas políticas, económicas y culturales para así concebir nuevos modos de vida y formas de organización de los territorios, Estados y sociedades, los cuales pudieron dar solución a los problemas estructurales de la época. Una muestra de esto, resulto ser las organizaciones políticas, los grupos de interés y de presión u asociaciones que realizaron un ejercicio de resistencia contra el Statu- quo del momento.

Desde esta perspectiva de análisis, se fortalece la construcción de los movimientos sociales, ya que un movimiento social es un sistema de narraciones, al mismo tiempo que un sistema de registros culturales, explicaciones y prescripciones de cómo determinados conflictos son expresados socialmente y de cómo y a través de qué medios la sociedad ha de ser reformada; partiendo del orden correcto de la modernidad, una y otra vez aplazado y frustrado debe ser rediseñado (P. Ibarra y B. Tejerina, 1998: 12 tomado de Marugán, 2002).

De esta forma, se logra observar que las nociones de los movimientos sociales también responde a la visión de S. Tarrow (1997: 21): el cual señala que los movimientos sociales son los desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades (Marugán, 2002, págs. 15-16).

Al mismo tiempo, la literatura de los movimientos sociales articula actores colectivos de movilizaciones cuya meta es provocar, impedir o reproducir un cambio social básico. Persiguen estas metas con cierta dosis de continuidad sobre la base de una elevada integración simbólica, una escasa especificación de roles y mediante formas variables de organización y acción (Molina Orjuela & Caicedo Cordoba, 2012, pág. 16).

Por ello, las nociones teóricas de los movimientos sociales buscan desde la óptica de F. Alberoni (1981) en su libro *movimiento e institución*, resaltar que las fuerzas impetuosas del movimiento, inquiera componer que la institución llegue a estados lacónicos, los cuales puedan desde la lucha

³Desde ahora por el uso de la reducción gramatical, cuando se haga referencia al Movimiento Indígena Manuel Quintín Lame se recurrirá a las siglas de MIMQL.

sostenida dar grandes resultados para así realizar acciones que solidifiquen los movimientos, las organizaciones y convenciones formales y de largo tiempo en los Estados.

Por esto, las lógicas analíticas dadas por el profesor Tarrow (1997: 148), describen la emergencia de estas voces críticas que se hacen factibles no sólo porque existan motivos de queja, sino también porque se abre un conjunto nuevo de oportunidades para la acción como pueden ser: una mayor facilidad de acceso institucional –debido a la fuerza o debilidad del Estado–, cambios de alianzas o incluso de naturaleza en el sistema de partidos –actores siempre presentes en la identificación del conflicto político–, una situación de conflicto y por tanto, de división en las elites. Además, Tarrow también recuerda que los movimientos crean oportunidades para sí mismos o para otros, refiriéndose al establecimiento de redes sociales y/o coaliciones de actores sociales, así como incentivos para que respondan las elites (Marugán, 2002, pág. 18).

Otra eje de análisis sobre la teoría de los movimientos sociales se encuentra en los aportes epistémicos dados por la corriente del comportamiento colectivo, donde se establece que los cambios en la sociedad provenientes de adentro para afuera y que los grupos, tienden a mantener unas características de integración al compartir sentimientos, valores, e identidades que ejercen un sentido de pertenencia y solidaridad interna (Tarrow, 2010, pág. 245).

Es de gran importancia que se indique en el caso de la ciencia política dentro de los movimientos sociales, en donde se ha planteado su compleja definición, donde concierne solo la pretensión de que debe estar organizada en torno a un esquema teórico-analítico de dimensión y caracterizado paralelo al de la teoría económica, donde la única fórmula actual de pretensión es la que debe ser tratada en la teoría del poder.

“La ciencia política como disciplina a la que concierne el poder analítico, su uso, su control, pero debido a la difusividad del poder político eso la convierte en una ciencia sintética en el campo de del sistema social, no es una ciencia constituida en torno a un esquema conceptual analítico distintivo, es decir, a una serie de variables estrictamente limitadas. (Parsons T. , 1999, pág. 350)

Para este tipo de análisis, Easton (2006) ofrece una definición en el sistema político como “aquellas interacciones por medio de las cuales se asignan autoritariamente valores a una sociedad; esto es lo que lo distingue de otros sistemas de su medio” (Easton, 2006). La primera clase comprende aquellos conjuntos de variables, actitudes, ideales y conductas tales como: economía, cultura, estructura social y personalidades individuales, son sistemas ambientales o paramétricos que pertenecen a la sociedad misma y al sistema político, pero que al no asignar autoritariamente valores, no son sistemas políticos sino que se constituyen como componentes del sistema político que ejercen cierta influencia en la forma de operar del sistema político. En otras palabras, un ambiente intra-social está por fuera de los límites del sistema político, pero dentro de la sociedad donde este se encuentra.

Así mismo la psicología “en cuanto disciplina analítica, puede definirse aquí como la ciencia a la que conciernen los procesos elementales de la acción y su organización en personalidades como sistemas” (Parsons T. , 1999). Estas concepciones del comportamiento colectivo, son formuladas por la Ciencia Política a partir del análisis conductista el cual se centra en una única pregunta, engañosamente simple: ¿Por qué la gente se comporta como lo hace? Lo que diferencia el conductismo de otras disciplinas de las ciencias sociales es (a) su insistencia en el comportamiento observable, ya sea a un nivel individual o de agregado social, debe ser el centro del análisis, y (b) que cualquier explicación debe poder someterse a una comprobación empírica (Marsh & Stoker, 1997, pág. 69).

Ahora bien, desde la perspectiva de la construcción social, los movimientos aparecen como agencias de significación colectiva con capacidad para la difusión de nuevas ideas en la sociedad, y para producir marcos de referencia a partir de los que sus seguidores interpretan sobre los fenómenos sociales; y para la teoría del proceso político, los movimientos sociales son formas de comportamiento organizado y racional, causa principal de algunas de las transformaciones más importantes en sociedades actuales (Marugán, 2002, pág. 20).

Igualmente, la característica de que no existen modelos únicos de organización sobre los movimientos, como lo sostienen Marwell y Oliver, señalando que la heterogeneidad y la interdependencia son mejores acicates para la acción colectiva que la homogeneidad y la disciplina (Tarrow, 1997: 258 y 259 citado por Marugán, 2002).

A su vez, existe una mirada conceptual que versa en aspectos como las motivaciones por participar activamente en los asuntos públicos, la visión de transformación social, y el carácter reivindicativo de las condiciones históricas del momento, siendo estos insumos para gestar procesos al interior de consignas y emblemas que intentar generar rupturas en las estructuras del Estado y las acciones gubernamentales.

Del mismo modo, encontramos que la perspectiva que constituye los movimientos sociales se hayan inmersas en un cliché que busca interrelacionar la acción colectiva con la acción política, con el fin de realizar una simbiosis que instituye la concepción del movimiento en determinadas circunstancias. Es decir, que en los ochenta y noventa, los movimientos sociales desplegaron una serie de repertorios en forma de acciones colectivas que movilizaron profundamente a la sociedad desde su base social. Sus demandas y acciones se enfrentaron, de forma reiterada, a los sistemas económicos. (Jácome, 2010, pág. 101).

Otro fenómeno resultó ser el caso de la proliferación de los movimientos sociales que se gestaron en América Latina, los cuales plantearon nuevas formas de expresión frente a sus luchas y prontuarios simbólicos, y sociales. Es el caso de la constitución de los discursos en las acciones colectivas de los movimientos que identificaron problemas que ameritaban luchas sociales y políticas. Problemas como: la tierra, el ambiente, los derechos e igualdad con las mujeres, la vivienda, el reconocimiento de las identidades, la educación y participación, el trabajo digno, y la

corriente práctica contra la explotación. De entre todos, el movimiento indígena, en los noventa, logró expresar sus demandas sobre el reconocimiento de la identidad y de la redistribución de los recursos en términos de justicia integral. Ejemplo de esto fue el movimiento indígena boliviano, ecuatoriano y peruano que logró superar la perspectiva particularista y avanzar hacia una perspectiva comunitaria, expresada en la sublime consigna: “Nada solo para los indios todo para la madre natura” (Jácome, 2010, pág. 102).

El estudio de la categoría de movimiento social, responde en gran parte al remplazo conceptual de clases; ya que con la decadencia en el periodo de los 60 en las vanguardias, se queda obsoleto hacer referencia a la lucha de clases. De esto se origina, dimensiones que abarcan la concepción de movimientos sociales, tales como la dimensión política, cultural, social, étnica, religiosa entre otras. Dejando en escena, la perspectiva de análisis sobre los movimientos sociales que se mueve en una tensión entre el análisis de la estrategia y el de la identidad (Pont Vidal, 1998).

Para entender la acción colectiva, en unos casos, se ha privilegiado, formas más pragmáticas, tal como los costos y beneficios que los movilizados (no los actores) pueden obtener de su despliegue de tácticas y estrategias (McAdam, McCarthy & Zald, 1996). Al mismo tiempo, los repertorios de acción colectiva (Tilly 1998) de los movimientos sociales son creaciones culturales aprendidas que emergen de la lucha, de las interacciones entre los ciudadanos y el Estado (Jácome, 2010, pág. 104).

Desde otra perspectiva, los movimientos sociales son la expresión de un conflicto estructural, por intereses contrapuestos sobre el control de los instrumentos de la producción de la vida social. Según este planteamiento, para que un movimiento social realmente sea tal debe haber una interrelación entre tres condiciones: la definición de la identidad del actor, la definición del oponente y el campo del conflicto (Touraine, 1985 citado por Jácome, 2010).

Por otro lado, los aportes contruidos por el filósofo moderno Habermas (1985) hacen alusión a la diferencia entre los movimientos sociales potenciales emancipatorios y los potenciales que buscan hacer resistencia y repliegue. En efecto, la colonización del mundo de la vida provoca la formación de nuevas formas de protesta social, que dirigen necesidades simbólicas antes que instrumentales.

En una vertiente bastante similar descrita por Castells (2011), el cual diferencia tres formas de construcción de la identidad: identidad legitimada que racionaliza la dominación; identidad de resistencia relacionada con quienes construyen trincheras de resistencia; y la identidad de proyecto, según la cual actores sociales sobre la base de materiales culturales construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad, buscando transformar la estructura social. La primera forma daría lugar a la sociedad civil; la segunda daría como consecuencia la construcción de comunidades; mientras que la tercera daría lugar a la construcción de sujetos sociales (Jácome, 2010, pág. 104).

Para los contextos de América Latina, aparecen elementos que relacionan los movimientos sociales; con aspecto que adquieren gran relevancia debido a las dimensiones de la política (acción)

y lo político (proceso), en ello, se resalta los estudios realizados por Laclau y Mouffe (2004), donde discuten el conjunto de luchas diversas: urbanas, ecológicas, antiautoritarias, anti-institucionales, feministas, antirracistas, pro minorías étnicas, regionales o sexuales. Son acciones integradoras de los movimientos sociales y contribuyen a que los límites entre estas luchas frecuentemente sean indistinguibles (Escobar, 1992). Para los teóricos latinoamericanos las cuestiones de estrategia y de identidad de los movimientos sociales están inextricablemente vinculadas: son algo exterior al Estado, y si bien es cierto que el Estado es su principal interlocutor, es así que esto no pueden ser reducido a la lógica gubernamental o instrumental (Jácome, 2010, pág. 106).

Otro asunto que responde a la visión de que los movimientos sociales fracasan, una forma más fluida de valorarlos sería en términos de poder (Escobar, 1992): ¿qué formas de poder –estatal, de género, económico, etc.- son socavadas?, ¿qué tipos de libertad se obtiene de la relación con el Estado? y, a la inversa, ¿qué se extrae del movimiento en tal relación?, ¿qué formas de poder popular son fortalecidas por el movimiento? Es decir, la valoración tiene que considerar esta relación compleja entre el Estado y la sociedad.

De igual manera, los aportes sustanciales elaborados por el sociólogo Fals Borda; plantean que los movimientos sociales son capaces de construir un nuevo ethos, destinados a concebir una apuesta a mejorar la sociedad y las relaciones sociales en las cuales la unidad pueda coexistir con la diversidad. Los movimientos sociales y populares más avanzados favorecen la negociación, el diálogo y las soluciones razonables para conflictos existentes (Borda, 1992).

Ya para el periodo histórico de los noventa hubo un pico alto de movilización colectiva, en este momento -al parecer- las diferentes vertientes de los movimientos sociales no estarían tan activas. Sin embargo, para este proyecto político, la sociedad del buen vivir, solamente se puede construir en la medida en que exista participación activa de las organizaciones y movimientos sociales. Pero este reconocimiento debe ser por partida doble: es decir, los actores sociales deben tener una lectura de la oportunidad política actual (Jácome, 2010, pág. 109).

Gran parte de la contribución teórica, que se relaciona con el estudio de los movimientos sociales se enfoca en la emergencia del constructo de los discursos provenientes de las dinámicas sociales, políticas y culturales. Respondiendo en primera instancia a las acepciones epistemológicas que se concibieron en la sociología, con el paso de los años el estudio de la sociología política incorpora en sus constructos las tendencias de discutir las teorías de los movimientos sociales como producto de los lazos colectivos, las asociaciones y relaciones sociales, así mismo las acciones colectivas. Generando una serie de clivajes históricos con una extensa mirada de transformaciones políticas.

Es necesario por ello señalar que los movimientos sociales como lo mencionan (Arturo escobar, 1998) han logrado en algunas instancias transformar sus agendas políticas en políticas públicas y expandir las fronteras de la política institucional, sino que también, muy significativamente han

luchado por otorgar nuevos significados a las nociones heredadas de ciudadanía, a la representación y participación política y como consecuencia de la propia democracia.

Ahora bien el entorno social alcanza su unidad solo mediante el sistema político y en relación con el sistema, así mismo existe una complejidad en los movimientos frente a estos factores por que se podrían ubicar en el entorno social bajo una atribución externa pero no quiere decir, que el entorno dependa del sistema o en caso contrario que el sistema tenga a su entera disposición el entorno. Pero esto no disocia la relación de dependencia en las que se encuentran sujetos tanto en el entorno como en el sistema social a la hora de ser objeto de análisis de los movimientos sociales. La única salvedad que se puede identificar es que los sistemas políticos de cierta manera corresponden al entorno social como unidad que se constituye bajo el mismo elemento.

Esto lleva a pensar una diferenciación que tiene en cuenta la relación entre el entorno y el sistema, conllevando a la plena identificación de que:

“El sistema global adquiere la función de “entorno interno” para los sistemas parciales, el cual, sin embargo es específico para cada uno de ellos. La diferencia de sistema y entorno se verá duplicada: el sistema global se multiplica en una pluralidad de diferencias sistema/entorno. Cada diferencia de sistema/entorno interno se constituye en un sistema global, aunque desde una perspectiva diferente”(Luhmann, 1991, pág. 40)

Desde esta mirada es comprensible que tanto la sociología como la ciencia política, tiene aproximaciones teóricas y epistemológicas entorno a la concepción de los movimientos sociales, una respecto a los sistemas (la sociología) y la otra en cuanto al entorno (la ciencia política), pero cada una de estas dos componen y constituyen un sistema global de análisis que se complementa.

En los procesos contemporáneos en donde se evidencia una serie de dinámicas que ponen en tela de discusión el estudio de los movimientos sociales, se gesta la comprensión de lo anterior mente señalado, mostrándose de esta manera que la politología sustituida por la sociología es una dicotomía entre lo social y lo político; (Prélot, 2002) haciendo la distinción de los estudios politológicos y los sociológicos de esta manera:

“El sociólogo no estudia la política más que como una manifestación específica de vida colectiva. El politólogo considera todos los aspectos de las instituciones y de la vida del Estado, comprendiendo los comportamientos individuales (recordemos el lugar ocupado por el Príncipe conquistador, cristiano o economista), y los estudia desde el punto de vista estricto y esencialmente político, mientras que el sociólogo solo toma en cuenta los fenómenos políticos en tanto que son sociales, y exclusivamente en este aspecto”(Prélot, 2002, pág. 37).

En efecto, se debe de señalar que la investigación de los movimientos sociales como campo de investigación de la ciencia política apenas ha empezado, remontándose, en el mejor de los casos, a principios de los años noventa. Veinte años después del proceso de instauración del sistema político

democrático, si hacemos un «balance» de la investigación de los movimientos sociales y de los llamados «nuevos movimientos sociales»(Vidal, 1998) —a partir de ahora NMS—, podemos afirmar que la ciencia ha estudiado este fenómeno, puesto a que estos NMS se han empezado a constituir como nuevas formas de hacer política, es decir subpolítica.

De la subpolítica se debe señalar que los estudios de la sociedad del riesgo de Ulrich Beck, y más recientemente de la modernidad reflexiva (Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Larsh), han puesto en discusión las nuevas relaciones de poder que asume la sociedad con el concepto de subpolítica. En palabras de Beck (2014), el “fenómeno socialmente más sorprendente, deslumbrante, pero menos comprendido de los años ochenta es el inesperado renacimiento de una subjetividad política –fuera y dentro de las instituciones–. En este sentido, no es exagerado decir que las iniciativas ciudadanas han tomado el poder” (Beck, 2001, pág. 136).

De ahí que, para Beck, el concepto de subpolítica posibilita “analizar la politización de determinadas esferas de la sociedad, pues abarca los ámbitos disociados de la privacidad y de las distintas esferas de lo público” (Beck, 1998, pág. 167).

De acuerdo con el planteamiento de Beck, Giddens y Lash, en la Subpolítica se reúnen las nuevas posibilidades dialógicas para la configuración desde abajo de la sociedad, como una forma de emprender acciones de emancipación, pero también de participación activa en los procesos de construcción pública. Para estos autores, la subpolítica, por lo tanto, significa configurar la sociedad desde abajo. Visto desde arriba, esto tiene como consecuencia de la subpolitización, de grupos que hasta ahora no estaban implicados en el proceso de tecnificación e industrialización (grupos de ciudadanos, la opinión pública, los movimientos sociales, los grupos de expertos, los trabajadores en su lugar de comisión) tengan cada vez más oportunidades de entonar su voz y participación en la organización de la sociedad; existen incluso oportunidades para que individuos valerosos puedan “mover montañas” en los centros neurálgicos del desarrollo.

La politización, por tanto, implica una pérdida de la importancia del enfoque basado en un poder central; significa que los procesos que hasta ahora siempre habían discurrido sin fricciones se extinguen frente a la resistencia de objetivos contradictorios” (Beck, Giddens, & Scott, 2002, pág. 39)

Desde esta perspectiva de la Subpolítica autores como Santos (2001) sostienen como la distinción y trayecto de los NMS con el Estado es más aparente que real, pues las reivindicaciones globales-locales siempre acaban por traducirse en una exigencia hecha al Estado y en los términos en que el Estado se sienta ante la contingencia política de tener que darle respuesta, además la prueba de eso mismo es que no es raro que los NMS jueguen el juego de la democracia representativa, aunque sea por el lobbying y por la vía extraparlamentaria; y entran en alianzas más o menos oficiales con sindicatos y partidos, cuando ellos mismos no se transforman en partidos.

Estos aspectos de los movimientos sociales son los que rescatan y estudian la ciencia política, ya que están inmersos no solo desde los contextos Latinoamericanos, si no que están convulsionando

la forma de analizar las perspectivas y tradiciones de los movimientos sociales en Estados Unidos y Europa.

En este momento se hace claro denotar que uno de los principales enfoques con los que se llevan a cabo estos análisis sobre los movimientos sociales desde la ciencia política, es el Behaviorismo, del cual (Vera, 2005) nos sintetiza en seis rasgos este enfoque:

1. Existen regularidades en el comportamiento humano que pueden ser descubiertas.
2. Estas regularidades pueden ser confirmadas por pruebas empíricas.
3. Rigor metodológico para la recopilación de datos y su análisis. La cuantificación adquirió un papel central en la disciplina.
4. Cambios de rol de la teoría: la teoría Behaviorista está orientada empíricamente. Busca como explicar, comprender y, si es posible predecir el comportamiento político de los seres humanos y el funcionamiento de las instituciones políticas o los movimientos sociales.
5. Separación de hechos y valores: el behaviorismo asumió las tesis positivistas del círculo de Viena sobre la posibilidad de una investigación libre de valores.
6. Defensa de la ciencia pura frente a la investigación aplicada: la tarea fundamental del científico social era la comprensión y explicación. Solo después de la obtención de un conocimiento exacto de cómo funcionan las instituciones políticas y cómo se comportan políticamente los seres humanos sería posible aplicar este conocimiento para la solución de problemas. (Vera, 2005, págs. 29-31)

De esta forma, los movimientos sociales se articulan a múltiples finalidades en su pensamiento, contexto, orígenes y varían según las culturas, las regiones y países. Debido a su carácter polifónico, o en el mayor de los casos a las estrategias políticas que se utilizan para construir procesos donde la desobediencia civil, las resistencias o la Subpolítica; estén presentes en los escenarios donde las discusiones discurren a los campos asociados a las transformaciones sociales, o reformulaciones coyunturales de las instituciones.

Respondiendo a fenómenos complejos cuyo estudio desde la ciencia política no es de tan larga duración. La rigurosidad científica debe tener en cuenta dichos factores y establecer las fronteras entre ellos y otras formas de acción política, como lo menciona Ledesma (1994) al señalar que existen periodos históricos en donde los movimientos sociales, deben ser explicados como acciones colectivas que se caracterizan por su larga duración y sus impactos reformistas en ciertos casos de los regímenes políticos.

El movimiento Manuel Quintín Lame como Movimiento Social

En el desarrollo conceptual sobre el origen del Movimiento Indígena Manuel Quintín Lame, se logra analizar una serie de características que efectivamente se articulan con los presupuestos esbozados sobre la teoría de los movimientos sociales, por un lado encontramos que las propuestas políticas alternas, los repertorios en la arena pública y el conjunto de formas que se constituyen para el ejercicio del poder tiene amplia similitud con elementos como:

- I. El conjunto de expresiones de la política y lo político, en el caso de la política se encuentra la tendencia de lucha social, las acciones colectivas, la movilización social y por su puesto los actos de resistencia en problemas como la tierra, las identidades, el poder, la educación, la participación política, es decir las maneras convencionales de asimilar el ejercicio de la política en el esfera de lo público.

En este sentido la similitud recae en los argumentos que plantea Mouffe (2005, 2013 y 2014) en donde establece que la conformación del orden social a partir de la distinción entre lo político (vinculado al momento de lo instituyente) y la política (relacionada con la administración de lo instituido), se asocia a las formas no convencionales de hacer uso de la política (acción) o en lo que se denominaría como la concepción de una lógica de lo político y una lógica de la política para pensar los problemas políticos. Esto supone un reconocimiento del componente simbólico de lo político y el carácter irreductiblemente conflictivo de este ámbito (Retamozo Benítez, 2009, pág. 72).

- II. Las fuerzas correlacionadas para el caso del MIMQL se hayan una serie de actores organizados a través de cabildos, resguardos y organizaciones comunitarias las cuales realizan acciones enfocadas a la vida por el territorio, la formas de representación social (Cacique Lamista), los grupos destinados a labores de vigilancia y sobre todo consignas como “el buen vivir” que manifestaban sus necesidades sobre las concepciones de sentir y hacer de la política un ejercicio y vocación que dignifique.

De tal manera, que Lame tomó posesión del territorio recuperado en compañía de los indígenas y reconstituyó el Cabildo de Ortega y Chaparral, al fundar el pueblo de San José de Indios, hizo construir dos escuelas, una para niñas y otra para niños (Gonzalo, 2004). Igualmente el tema de la educación, de una educación propia, diferenciada, contrastante con la educación oficial, es uno de los ejes principales de su libro *“Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas* (Lame, 1971)”.

Estableciendo así el interés por la educación, donde ocupó un lugar primordial, no solo por su autoformación personal, sino por dotar al pueblo indígena de una lógica cultural, ya que sabía que le permitía enfrentar en pie de igualdad al “ciudadano letrado de la sociedad colombiana”, especialmente a las figuras que poseían el poder (Hacendados, Gamonales, Obispos, Alcalde, etc.), y el conocer la realidad y funciones no solo jurídicas sino políticas de los centros hegemónicos del poder; logrando así un lugar justo y diferenciado del indígena frente al “civilizado” (Cardona, 2012, pág. 111).

- III. Generar procesos donde se establezca una figura de alto respeto y legitimación, un ejemplo fue Manuel Quintín Lame. Tal y como lo manifiesta Espinosa Arango (2002) al indicar que la fuerte connotación que trae consigo la figura de representación política proveniente de Manuel Quintín Lame, a partir de los rasgos identitarios del Movimiento Indígena en el sur occidente Colombiano por un periodo de 40 años, llego a ser concebida por teóricos como

un ejercicio de pensamiento de liberación indígena, ya que el peso simbólico resultó ser el auténtico sentido por la tierra, la nación y las formas de organización indígena, las cuales hacia contravía a la idea de “civilización” o las tendencias europeas. Es decir las formas alternas de acción política que realizaron los indígenas del Tolima, Cauca, Huila, Putumayo entre otras regiones del país (Espinosa Arango, 2002, págs. 85-86).

De este modo, la organización que Lame anhelaba regentar, se caracterizó por tener la forma del cacicazgo que presionaba verdaderamente al gobierno central, donde se pretendía derogar las leyes injustas. En esta medida, se planteó el proyecto de consolidar y desarrollar el poder territorial que iba avanzando, Quintín se propuso crear lo que denominó un “Gobierno Chiquito”, y aseguraba: “Mi gobierno chiquito se enfrentará al gobierno grande de los blancos, que nos han explotado y usurpado nuestras tierras... - Hoy van a reventar los cañones de mi gobierno chiquito que estoy enfrentando al gobierno grande de los blancos” (Uribe, 2008, pág. 375).

Enfoques de estudio de los movimientos sociales para la identificación del MIMQL

El desarrollo teórico sobre ciertos enfoques que pretenden analizar los movimientos sociales han estado mediados por la complejidad del tema, dado que se encuentra en el aspecto conceptual, ya que las aproximaciones epistémicas realizadas muestran que las definiciones de los movimientos sociales son diversas, existen confrontaciones entre los diferentes enfoques que hacen uso para las clarificaciones de los conceptos necesarios en su respectivo proceso como objeto de estudio de la politología.

Delimitar el problema sin dejar un lado elementos importantes, son los obstáculos que el investigador debe superar. Resulta ser un claro ejemplo frente a la categoría de la movilización social, puesto que esta responde a la perspectiva de autores contemporáneos de los movimientos sociales.

La separación real entre la investigación de corte Anglosajón en movimientos sociales y la investigación en los ámbitos Latinoamericanos, detallan que existen puntos débiles en los actuales debates. Por un parte, los apartados teóricos de Giddens (2013) y Bourdieu (2012), señalan que la teoría de la estructuración de la acción permite sobrepasar los sistemas confrontados tradicionales como los puntos de vista del actor versus sistema o del estructuralismo-determinismo versus accionismo-voluntarismo. Un punto de vista teórico sobre movimientos sociales ha de incluir elementos como las condiciones estructurales en que se desarrollan, sobre la formación interna y sobre la movilización de los grupos en conflicto (Pont Vidal, 1998).

Reducirlo solo a los hechos económicos o las relaciones productivas sería tener una perspectiva miope sobre el mismo, cultura identidad, razones estructurales que deben ser elementos tenidos en cuenta, a lo largo de la historia de la investigación de los movimientos sociales podemos agrupar dichos estudios en dos grandes entramados: el grupo de los funcionalistas y los marxistas, así mismo la instancia y el enfoque contemporáneo constructivista.

Desde el enfoque del materialismo histórico se presenta una especie de limitación con respecto a los movimientos sociales, al pretender asociarlos con los movimientos políticos, o la visión de lucha de clases, o las concepciones de las fuerzas productivas, alienación, pillaje, infraestructura y superestructura entre otras, dejando a un lado razones étnicas, religiosas, simbólicas, identitarias que se convierten en el *ethos* de los movimientos sociales o la iniciativa ciudadana según Cohen (1985), el cuál menciona que en el caso de Marx no existieron creencias, sino hechos constituyentes de la explotación y alineación de las clases sociales, es por esto que la lucha de clases es el todo que da razón a los aspectos ideológicos, de intereses y posiciones antagónicas de la realidad, para Marx los movimientos sociales son un fenómeno positivo en el proceso de construcción social.

Las nuevas teorías de movimientos sociales abandonan el marxismo como marco privilegiado de comprensión de los movimientos sociales y la transformación social, y se decantan más hacia otras lógicas de acción basadas en la política, la ideología y la cultura, y otras fuentes de identidades como la etnicidad, el género o la sexualidad, considerándolas bases fundantes de las acciones colectivas (Íñiguez, 2003).

Para el caso del estructural funcionalismo, se identifica que los movimientos sociales constituyen una forma de acción colectiva no institucional, producto de la incapacidad de las instituciones de producir cohesión social, los estudia partiendo de dos premisas básicas que condicionan la acotación conceptual del objeto de estudio; dando por el interés analítico el cual se centra en el sistema de acción resultante de la interacción normativamente pautada entre dos o más actores.

En asuntos como las unidades de análisis, no se logra tomar en cuenta las intenciones individuales si no la acción resultante del ejercicio de los roles sociales desarrollados por individuos en marcos institucionales. La segunda premisa conduce a una distinción entre dos formas básicas de actuación: El comportamiento convencional y el comportamiento colectivo, el primero, supone la realización de expectativas establecidas entre los actores y el conjunto del sistema social.

En el caso del segundo, el colectivo es un intento de enmendar una situación crítica, de cómo el movimiento nace en respuesta a la tensión estructural distinguiendo dos clases de comportamiento colectivo; los estallidos es decir los causados por el pánico y los disturbios espontáneos no organizados, por ello no constituyen un movimiento social, los segundos si se concederán como son las movilizaciones sostenidas y relativamente organizadas que persiguen objetivos relacionados con el orden social o con aspectos concretos del mismo rompiendo así las pautas convencionales de la conducta (Goda, 2007, págs. 50-51).

En efecto, el caso de las teorías funcionalistas ven los movimientos colectivos como actores irracionales y la acción colectiva como la exclusiva productora de las disfunciones y del deficientemente funcionamiento del sistema social o, más específicamente, de sus mecanismos para mantener la integración social. Esto implica que el funcionalismo entiende la acción colectiva como algo meramente residual, en forma de comportamiento reactivo que, al límite, es incapaz de desarrollar una estrategia racional (Íñiguez, 2003).

A partir de los aportes del sociólogo clásico Durkheim (Jasper, 2012), se puede ver la sociedad como un organismo, debido a que se opone al sistema, a su vez, existe la noción de que se nace potencialmente malo porque se interrumpe en la armonía del sistema o es un indicador de la falta de armonía, existen elementos tensionales o relaciones disfuncionales dentro del organismo, lo cual se articula con las disfuncionalidades que tiene los sistemas de poder cohesionar los movimientos sociales y su tendencia reformadora.

En las instituciones descansa la salud del organismo menciona Durkheim (Jasper, 2012), y los valores compartidos le dan cohesión cuando decaen se presenta la anomia, de allí su principal crítica el considerar toda anomalía como perjudicial para la estructura orgánica de los sistemas.

Igualmente, Talcott Parsons (2010) es uno de sus mayores exponentes del estructural funcionalismo, se le critica la exclusión de explicaciones históricas a los fenómenos sociales; para Parsons el mundo es una unidad y sus partes solo adquieren significado en relación con las unidades, su enfoque se centra en lo que el aducía que era lo esencial en el fenómeno en sistema (Parsons T. , 2010, págs. 15-25). Su método es sistémico, donde las variables son independientes y dependientes al mismo tiempo, ya que existe una interrelación de elementos, actores y valores. Cuyo valor no puede determinarse de manera absoluta si no se conoce el valor de todas las partes, y el sistema es integral, en este sentido son interdependientes así se superaban los estudios tradicionales donde un factor único era motivo para explicar todo (Pastor, 2010, pág. 12).

Otro aspecto, resultó ser que Parsons (2010) distingue cuatro sistemas de acción: Uno de ellos es el sistema social, cuya peculiaridad es la de cumplir con la función de integrar a los otros tres sistemas: el cultural, el de la personalidad y el sistema u organismo conductual. El cultural cumple la función de mantener o cambiar los patrones que hacen posible la comunicación entre los miembros del sistema a través de la transmisión y el aprendizaje de símbolos, la herencia cultural (Parsons T. , 2010).

En su conexión con el sistema social, el cultural desarrolla órdenes normativas, sistemas legales y de gobierno la función del sistema de la personalidad es gratificar al grupo o al individuo por su acción. Presupone que toda acción individual persigue una meta (Parsons T. , 2010). Para Parsons las sociedades que sobreviven son las que mejor adaptación tienen a los cambios tal como las explicaciones evolutivas de los organismos. Por otro lado, se inscriben con variaciones dentro del estructural funcionalismo Robert Park, S. Tarrow, Smelser (teoría de la Tensión) entre otros (Pastor, 2010, pág. 14).

Frente al caso de la dirección de grupo, encontramos a S.Tarrow (1977) explicando que a la hora de analizar la aparición de un movimiento social, el cuándo expone en gran medida el por qué y el cómo, haciendo alusión a la coyuntura política que facilita la aparición del movimiento, eso es lo que los teóricos llaman Estructuras de Oportunidades Políticas. Para S. Tarrow (2012) el movimiento aparece cuando el coste de oportunidad de la acción colectiva es bajo y es ocasionado

por factores externos al grupo. Pero su desarrollo se ve influenciado por las propias acciones del movimiento, dichas acciones se transmiten culturalmente (Tilly, 1998).

Por lo cual han surgido escuelas que analizan los movimientos políticos desde su intervención en política, puesto que estos movimientos son parte de la cultura pública de una sociedad donde cada grupo tiene una historia y una memoria propia de la acción colectiva que es producto de la cultura, (Martí i Puig) es decir aun la forma de manifestación social es parte de la cultura del grupo (Melucci, 2012).

Los enfoques contemporáneos no ven los movimientos sociales como una anomalía sino como unas manifestaciones necesarias de cambios sociales, gracias a ellos se socializan valores y costumbres que poco a poco permean la sociedad y van generando así transformaciones moderadas, igualmente las nuevas prácticas sociales. Buscando así, una aproximación al concepto de movimientos sociales que A. Melucci (2012) entreteje con el de identidad, cuando un grupo no se identifica con la identidad colectiva surgen manifestaciones que indican la existencia de grupos marginados o excluidos (Puig S. M., 2010).

El concepto de identidad colectiva para Melucci tiene dos elementos fundamentales: preferencias y expectativas. La identidad colectiva se constituye como el círculo de reconocimiento en el que inscribo mi orden de preferencias actual (los valores y las prioridades de las que se deduce el interés) y que me permite el desarrollo de expectativas (Melucci, 2012). La acción de un movimiento social en tanto que se desarrolla al margen de la acción de las instituciones sociales creando su propio espacio, implica que las identidades colectivas existentes no se constituyen como círculo de reconocimiento para un individuo, no sirven de referente para mi orden de preferencias ni me permiten desarrollar expectativas (insuficiencia de las identidades colectivas existentes). Se traduce, por tanto, en una discontinuidad en las identidades colectivas (Revilla Blanco, 1996).

Por tanto, según esta teoría los movimientos sociales no se generan por la existencia de tensiones en la sociedad, sino más bien por la manera en que son capaces de organizar el descontento, reducir los costes de la acción, utilizar y crear redes, compartir incentivos entre los miembros y conseguir un consenso externo. En este sentido, el tipo y la naturaleza de los recursos disponibles explican la acción de los movimientos y las consecuencias que la acción colectiva tiene en el sistema político y social. Respecto a su funcionamiento interno, esta teoría analiza las formas de organización y movilización de recursos materiales y simbólicos, tales como el compromiso moral y la solidaridad (Della Porta & Diani, 1999).

El constructivismo como enfoque de comprensión en las dinámicas del MIMQL

En este orden de ideas, sobre el desarrollo de algunos enfoques que suelen ser de análisis o comprensión de los movimientos sociales. Se logra aseverar que para el caso del MIMQL, el cual presenta dinámicas como las acciones colectivas, las formas alternas de hacer uso de la política, las cuales se articulan con la organización y continuidad, para así actuar por fuera de los canales institucionales, con el propósito de re-estructura o transformar la autoridad existente.

Ejercen un conjunto de actividades que responden a sus necesidades materiales e inmateriales, las concepciones del entorno y demás medios que constituyen al movimiento indígena.

Por consiguiente, encontramos que el enfoque constructivista se articula con el conjunto de elementos que constituye en MIMQL, ya que desde los aportes teóricos de los fundadores de tal corriente de pensamiento filosófico, como lo son Norbert Elías (2011) y su precedente constructivista, o Pierre Bourdieu (2013, 2011) y el constructivismo estructuralista, también los aportes de Peter Berger y Thomas Luckman, así como el constructivismo fenomenológico de Alfred Schutz (2012).

Se logra construir de esta manera, una serie de lógicas conceptuales en campos de conocimiento en donde se logra identificar aspectos como:

- I. La prioridad de los procedimientos y de las reglas, la idea de que la acción tiene consecuencias fácticas y, por ello, es anterior a los hechos.
- II. La fundamentación metódica y normativa que refuerza el formalismo de las teorías.
- III. Otra resulta ser, una tesis fuerte: el conocimiento accede básicamente a aquellas entidades que los agentes sociales han construido o son capaces de construir.

En términos generales, el constructivismo presenta los hechos como resultados de alguna actividad y considera que el lenguaje ordinario ha de ser reemplazado por otro tipo de lenguaje, más riguroso y menos ambiguo (López de la Vieja, 2002: 1 citado de Sánchez, 2002, pág. 218).

A su vez, el constructivismo explica el carácter diferenciador de los movimientos sociales desde sus orígenes, la multiplicidad de situaciones espaciales y temporales, sus prácticas y contextos situacionales y por ende sus fines y medios en el proceso de formación de las acciones colectivas.

De igual modo, tiene como referencias las acciones de los sujetos sobre el mundo, y como estos pretenden hacer rupturas esenciales al orden establecido de su época, siendo esto muestra para no caer en el dualismo entre sujeto y objeto. Planteando que la realidad se conoce a través de los sujetos, sus percepciones y las connotaciones que se otorgan sobre las construcciones sociales. Es así que la orientación constructivista, asume gran fuerza sobre las realidades sociales, las cuales se asimilan en términos de construcciones históricas y cotidianas por parte de actores sociales y colectivos.

Es decir, se hace referencia a la historicidad como eje de los argumentos constructivistas, en la medida que comprende tres premisas centrales: I) Que el mundo social se construye a partir de condiciones ya dadas y heredadas del pasado; II) Esas formas sociales anteriores son reproducidas, apropiadas, desechadas y transformadas paralelamente a la construcción de otras formas, las cuales se elaboran a través de la práctica y las interacciones de la vida cotidiana de los actores; y III) Tanto las formas heredadas como las experiencias cotidianas funcionan como apertura de un campo de posibilidades para labrar el futuro (Corcuff, 1998: 19 citado por Sánchez, 2002, pág. 220).

Siendo esto muestra de la amplia relación que se encuentra en el pensamiento constructivista como enfoque de análisis del MIMQL, ya que presenta elementos que conforman los principios del constructivismo, tales como:

- I. Surgen una serie de persecuciones al movimiento, debido a las diatribas nacientes de las propuestas ideológicas y políticas para aquella época, lo cual no era socialmente legitimado, por ello, los indígenas pretendieron salvaguardar su identidad y mantener sus costumbres, haciendo resistencia al pensamiento impuesto por parte de los “civilizados” ya que in-visibilizaba sus formas de concebir la tierra, la política y su relación con la divinidad (Rappaport, 1984, 2010).
- II. De igual forma, Lame, el indio lobo, había comenzado su transformación simbólica hacia el civilizado montés. Sus experiencias personales, sus visiones y sus penas se estaban transmutando en una conciencia política e histórica que nutrió un pensamiento indígena de liberación y formas de militancia en el suroccidente colombiano (Espinosa, 2009, pág. 120).
- III. Otra elemento teórico que reafirma la relación del paradigma constructivista, para la comprensión del MIMQL, resulta ser: El análisis del movimiento indígena del suroccidente colombiano, según Luis Guillermo Vasco argumenta que estamos no sólo frente a una lucha por la tierra (en un sentido general) sino por la tierra en un sentido específico: “el indio lucha por su tierra y no solamente por la tierra” (Vasco 2002: 202). Vasco es enfático al conceptualizar a las minorías indias de Colombia como “nacionalidades” que luchan en contra del etnocidio, es decir, en contra del asesinato de sus culturas, de sus elementos nacionalitarios y modos de vida” (Espinosa, 2009, pág. 139).

La concepción teórica del Movimiento Social-Indígena Manuel Quintín Lame

En el inicio de la década de los 90 comenzaron una serie de movimientos indígenas en latino América con diversas formas de hacer política, construir discursos y reivindicaciones propias, en Ecuador, Bolivia, México entre otros a su vez en 1989 la OIT⁴ adopto el convenio 169 sobre pueblos indígenas y tribales donde se reconoce los derechos de estos pueblos a la identidad, el territorio y el otorgamiento de mayores grados de autonomía. El convenio ha sido ratificado por 17 países de los cuales 12 son latinoamericanos lo importante de ello es que deben tomar medidas para que sus constituciones tengan en cuenta el convenio.

Lo significativo de estas movilizaciones y de la constitución del movimiento social indígena es que la acción colectiva de los grupos étnicos tiene como centro de la estrategia política, la identidad

⁴ Organización Internacional del Trabajo por sus siglas en castellano.

étnica, que se constituye en la base de la solidaridad comunitaria (Bello, 2004: 89). Esa capacidad de movilización se ha expresado como movimiento social, pero también en estrategias de negociación, representación y presión ante instancias internacionales y nacionales. En algunos países como Guatemala, México o Chile, las reivindicaciones territoriales hacen temer en algunas instancias del poder que se ponga en riesgo la integridad del territorio nacional (Revilla Blanco, 2005, pág. 50).

Muestra de esto, resulto ser el MST (Movimiento sin tierra), es un movimiento brasilero que surgió en un momento histórico –político para Brasil que hacia sus primeras elecciones presidenciales después de 29 años y desarrollada una serie de medidas en la búsqueda de estabilidad económica y social. Con la influencia de la teología de la Liberación se desarrolló el MST creado en 1984 en el primer encuentro nacional de los trabajadores sin tierra en Cascabel-Parana, con la consigna “tierra para el que la trabaja” su objetivo una reforma agraria necesaria para una sociedad más justa, pero no era solo un reparto mejor de la tierra también una la lucha contra analfabetismo, el conocimiento debía llegar a todos los campesinos, las estrategias del movimiento fue la formación de líderes, marchas para evidenciar la lucha por la tierra en el gobierno de Cardoso fueron duramente reprimidos, masacres hicieron parte de los medios para acabar con el MST.

Para el caso del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) un movimiento Mexicano, originado en Chiapas en 1983, en 1994 se dio el primer levantamiento armado, en esos diez años el movimiento busco acercarse a los lugareños y adaptarse a la selva. Mientras el estado Mexicano firma el tratado de libre comercio con los EEUU, hace una reforma agraria que acaba con los ejidos y comunidad agraria que garantizaban la propiedad comunal de la tierra, hechos que agravaron el descontento de los campesinos.

Se identifican cuatro estrategias que son un hito para el EZLN: el levantamiento armado (1 de enero de 1994), momento en que se dan a conocer a México y al mundo; los acuerdos de San Andrés (1996), muestra clara de la voluntad de negociación con el gobierno; los foros intercontinentales por la Humanidad y contra el Neo- liberalismo (1997), más conocidos como los Encuentros Intergalácticos, que serían la fuente del movimiento antiglobalización, y, finalmente, la Marcha por la Dignidad (2001), donde despiertan solidaridad en diversos sectores de la sociedad mexicana y evidencian la falta de voluntad de negociación del gobierno (Cepeda & Muñoz, 2004).

Por otro lado, la etnicidad es un referente de identidad que tiene gran poder de movilización hoy en día en muchos países, es el caso de Sudáfrica, los indígenas de Chiapas en México, Bosnia entre otros. Es así que aunque la raza tiene importancia, probablemente más que nunca como fuente de opresión y discriminación, la etnicidad se está fragmentando como fuente de sentido e identidad, no para fundirse con otras identidades, sino bajo principios más amplios de autodefinición cultural, como la religión, la nación o el género (Castells, 2004, págs. 75-76).

Ya en el caso de la teoría de los movimientos sociales, se tiende a la ambigua mirada de tomar la etnicidad como identidad colectiva preexistente a la acción del movimiento social. Podríamos decir

que se sustenta una suerte de premisa que afirmaría que el ser indígena es una condición que justifica la movilización. Por lo tanto, el análisis no suele detenerse en la explicación del proceso de construcción de esa identidad indígena, sino en la forma y las razones de su movilización y en los resultados institucionales (intencionados o alcanzados).

Así, por ejemplo, desde la sociología y la politología se están desarrollando líneas de análisis en torno a análisis comparativos o estudios de caso que se centran en las capacidades de movilización de los pueblos indígenas en diversos países de América Latina utilizando el marco teórico de estructuras de oportunidad política (EOP) (en esta línea, Yashar, 1998; Cleary, 2000). Esos análisis establecen la premisa no siempre explícita de la existencia de la identidad colectiva con anterioridad a la expresión del conflicto en forma de movimiento social. Según esta explicación, la ocurrencia de diversos cambios modificaría las condiciones de existencia y configuraría unas estructuras de oportunidades políticas favorables a la movilización indígena. (Revilla Blanco, 2005, pág. 50).

En efecto, se considera que los insumos teóricos que muestran una posición ecléctica en el análisis de los movimientos sociales, los cuales sustraen tanto de los aportes del constructivismo de Melucci, como de la aproximación en términos de dinámica de confrontación de McAdam, Tarrow y Tilly, nuestra propuesta de análisis de la aparición y movilización del movimiento social indígena plantea la consideración de los siguientes aspectos:

1. El problema de la identidad colectiva: la existencia de una condición étnica común a los participantes en el movimiento no explica la constitución de un nosotros que, en la afirmación de su condición compartida y en su reivindicación de demandas, construye un actor social y político que demanda reconocimiento como tal
2. La consideración dinámica de la estructura y de la acción: el desarrollo de ese proceso de construcción de la identidad colectiva indígena está afectado por cambios estructurales (problemas del Estado, de la modernización, transiciones a la democracia), y por cambios en la acción colectiva, tanto en sus condiciones internas (desarrollo organizativo y liderazgos indígenas), como en las condiciones externas (papel jugado por la iglesia, los intelectuales y los antropólogos y las ONG) (Revilla Blanco, 2005, pág. 52).

En esta perspectiva se enmarca, el caso del movimiento indígena en América Latina. El cual muestra factores importantes que deriva de los siguientes elementos:

1. La Organización y liderazgo: estos son factores internos, es decir, constituyen recursos y capacidad que dependen del propio grupo social que se moviliza.
2. Los Actores externos: Para la comprensión de este proceso es necesario atender también a cómo otros actores inciden en él con su acción, en este caso, fundamentalmente facilitándolo. Los principales actores externos son la Iglesia católica, los intelectuales y antropólogos, partidos de izquierda latinoamericanos y las ONG internacionales.

3. Condiciones estructurales nacionales e internacionales: reformas económicas, transiciones a la democracia, descentralización política, legitimación de la lucha por los derechos humanos, son algunas de las condiciones que establecen un momento especialmente «sensible» para la situación y las condiciones de vida de los pueblos indígenas (Revilla Blanco, 2005, pág. 56).

Por otra parte, encontramos análisis que se enfocan en la tendencia poscolonial, recurriendo al uso de la memoria de los movimientos indígenas latinoamericanos, ya que estos reflejan un ejercicio de creación de nuevos sentidos, saberes y nociones sobre lo que significa la presencia y el accionar indígena en las historias nacionales y en los debates actuales sobre los proyectos de nación que están en juego.

En este sentido, se encuentra la búsqueda de diálogos, que contrasten o descalifiquen las memorias oficiales, los ejercicios de memoria indígena buscan también adquirir legitimidad sobre los distintos estratos sociales, mostrar que sus reclamos son válidos, propiciar su articulación con otros sectores sociales que también han ocupado un lugar subordinado en la historia nacional. En esta búsqueda de alianzas, toman cada vez más relevancia las acciones en el terreno internacional que se enfocan a propiciar la acción conjunta a partir de la globalización de la resistencia o el cosmopolitismo subalterno (García Cerda, 2012, pág. 143)

Palimpsestos de memorias porque se superponen las memorias coloniales y las memorias recientes, conservar la memoria se convierte en algo vital para mantener frente a otras memorias que sostienen otras versiones o tratan de minimizar la violencia y los abusos sufridos por los indígenas, es una lucha por el poder contar su historia no la historia eurocéntrica ni oficial, por acabar con el silencio y la exclusión del indígena de una historia de la que él no hace parte.

El uso de la memoria para los movimientos indígenas constituye una forma de fortalecer su proyecto político que se inserta en la disputa por los significados, es decir, el reconocimiento del sentido de formar parte de un determinado país, qué significa ser indígena o cómo podría construirse una nación que reconozca plenamente su condición multicultural. Son precisamente estos cuestionamientos los que se sintetizan en el reclamo de descolonizar el conocimiento, la historia y el mismo Estado. Así, las luchas de los movimientos indígenas latinoamericanos articulan las lógicas de descolonización con un imperativo ético de justicia social que busca sustituir el proyecto neoliberal por formas de organización social que favorezcan el acceso equitativo a los bienes de consumo (García Cerda, 2012, pág. 145).

En este caso, encontramos que las dinámicas presentes en la conformación del MIMQL, se encontraban desarrolladas en las siguientes perspectivas:

1. La figura representativa de Manuel Quintín Lame (1883-1967), quién promovió un levantamiento entre 1914 y 1918 en el departamento del Cauca. El levantamiento fue reprimido y Lame encarcelado. Al salir de la cárcel, el caudillo emprendería una larga

carrera de pleitos en defensa de los comuneros indígenas de los departamentos del Cauca y del Tolima, que lo llevaría numerosas veces a presidio.

2. Lame elaboró un programa de lucha de siete puntos que tendría profundas repercusiones futuras en el movimiento social indígena. Estos puntos eran:

- ✓ La recuperación de las tierras de los resguardos
- ✓ La ampliación de las tierras de los resguardos
- ✓ El fortalecimiento de los cabildos
- ✓ El no pago del terraje
- ✓ Dar a conocer las leyes sobre los indígenas y exigir su justa aplicación
- ✓ Defender la historia, la lengua y las costumbres indígenas
- ✓ Formar profesores indígenas (Echeverri, 2010, pág. 18).

El terraje era una forma de trabajo en la que el indígena, agobiado por la pobreza, tenía acceso a un lote en la hacienda, pero debía pagar como contraprestación –y sin otra remuneración– su trabajo en las tierras del hacendado durante varios días de la semana. Lame fue un visionario, un caudillo y un líder carismático, pero todo giraba en torno a su personalidad; además, tenía una particular concepción de los procesos sociales de la época que lo distanció en los años treinta de uno de sus compañeros de lucha, el dirigente y también indígena nasa, José Gonzalo Sánchez, que militaba en el Partido Socialista Revolucionario (Echeverri, 2010, págs. 19-20).

Otro aspecto, resulta ser la fuerte “crítica jurídico-política” que Lame realizó sobre la idea del reconocimiento de la diferencia, y los derechos colectivos de los indígenas sobre la tierra dentro del estado de derecho vigente, y no tanto en la escisión del estado colombiano (Uribe, 2008).

Ya para el caso, del proceso de evocar dicha crítica, Lame insistió en el agravio histórico contra los indígenas. La memoria de la injusticia y los reclamos de reconocimiento convergieron en una memoria moral y conciencia histórica con un contenido político de gran resonancia para los indígenas. Sus actos de desafío a la autoridad están inscritos en la subalternidad de su posición respecto a la cultura dominante (Espinosa, 2009, pág. 135).

En esta lógica nacen procesos orientados al uso transgresor de símbolos patrios como el himno nacional o la bandera, el uso de un uniforme militar, la manera en que fue llamado “general”, “mariscal” y “libertador” por los indígenas, el tratamiento que dio al “conocimiento civil”, a los “papeles escritos” y a la creación de archivos alternos para los cabildos, la organización basada en funciones distribuidas entre un conjunto de ayudantes, secretarios y señoras, fue connatural a ese accionar subalterno, que, como ya se había planteado, supone el desarrollo de una agencialidad dentro de la nación y contra discursos y prácticas de dominación (Espinosa, 2009, pág. 142).

La movilización social en los orígenes del movimiento indígena MQL.

La idea de la movilización social está intrínsecamente ligada con los postulados planteados por los movimientos sociales, como un medio el cual les permite lograr sus objetivos y reivindicaciones sociales.

De tal manera que la movilización social se define como:

“El proceso que involucra y motiva a una amplia gama de aliados en los planos nacionales y local; en lo que concierne a elevar los niveles de conciencia y exigir la conquista de un objetivo del desarrollo determinado mediante el diálogo personal. Como parte de ese proceso, los integrantes de las instituciones, las redes comunitarias, las agrupaciones cívicas y religiosas y otros, que colaboran de manera coordinada para entablar diálogos con sectores específicos de la población a los que se desea dirigir mensajes puntuales. En otras palabras, la movilización social tiene como objetivo facilitar el cambio por medio del accionar de diversos protagonistas de esfuerzos interrelacionados y complementarios” (Unicef, 2014).

Es así como, por ejemplo, en el caso de la profundización democrática, según la teoría política de autores como Boaventura de Sousa Santos (2010, 2012), los ciudadanos tendrían la oportunidad de participar en la democratización de algunas instituciones que responden a esquemas autoritarios; mientras que para ciudadanizar a la ciudadanía es esencial implementar formas alternativas para compartir y ampliar el poder con la participación en la actividad cotidiana y, en definitiva, en todos aquellos espacios sociales de exclusión (Santos, 2001).

En cuanto a la esfera pública no solo estatal, la ciudadanía debe buscar el control de diferentes proyectos institucionales y la gestión compartida del espacio público; y en la ciudadanía desde abajo, para el autor, se debe apostar a nuevas formas de participación en la vida pública y en las prácticas de movilización social (Araya, 2012).

Este tipo de acciones colectivas dadas por los movimientos sociales, son vistas como reclamos expresados a causa de la desigualdad, la pobreza, la violencia entre otras, generadas al interior de la sociedad, formas de organización propia de las movilizaciones sociales que están instituidas por aquellos sectores los cuales son vulnerados, en su mayor acepción este tipo de inconformidades son generadas por acciones políticas del estado.

Algunos ejemplos de movilización social los podemos encontrar en Latinoamérica desde comienzos de los noventa, la movilización social derribo dos presidentes en Ecuador y en Argentina, uno en Paraguay, Perú y Brasil y desbarato los corruptos regímenes de Venezuela y Perú. En varios países freno o retraso procesos privatizadores, promoviendo acciones callejeras masivas que en ocasiones desembocaron en insurrecciones. De esta forma los movimientos forzaron a las elites a negociar y a tener en cuenta sus demandas, y contribuyeron a instalar gobiernos progresistas en Venezuela, Brasil y Ecuador. El neoliberalismo se estrelló contra la

oleada de movilizaciones sociales que abrió grietas más o menos profundas en el modelo imperante, y se gestan los llamados gobiernos alternativos (Zibechi, 2003).

Conjunto a esto, cabe señalar que la movilización social tiene dinámicas difíciles de socavar, en el caso Colombia, se logra evidenciar que la violencia política de la cual son objeto las acciones colectivas, confiere a un estado deprimente al desarrollo de la movilización social. En este mismo sentido “la violencia política se entiende como un recurso utilizado por aquellos a quienes la movilización social plantea desafíos, siendo, por tanto, parte de la relación política que se va construyendo en los procesos colectivos” (Bautista, 2012).

De modo tal, que la época de la violencia política fue una característica transversal que padeció el MIMQL, por la búsqueda de sus derechos y el reconocimiento de ser sujetos políticos, llevo a generar una serie de fenómenos que marcaron las historias y memorias de la organización indígena en Colombia.

Para el caso de MIMQL, ocurre que Lame y sus compañeros fueron arrestados, las autoridades locales pidieron la intervención de la policía nacional, con el argumento de que la rebelión se estaba extendiendo a otras localidades del Cauca, Huila y sur del Tolima. Esto puso en marcha el proceso de criminalización del movimiento (Espinosa, 2009, pág. 124).

A su vez, para el época de 1917 aparece la figura política de comenzar a criminalizar la protesta social y la movilización indígena, a través de la persecución y las tácticas militares. De ello, en Febrero de 1917, la Unión Conservadora publicó un telegrama en el que se decía que los indígenas de Ortega en el Tolima también se habían rebelado contra el gobierno, amenazando a funcionarios del estado y a civiles con la retoma de tierras que, según ellos, les habían sido expropiadas de manera injusta e ilegal (Espinosa, 2009, pág. 128).

Por una parte, las acciones del gobierno de manera traicionera y deshonestas con Lame y sus hombres, obligo a que se generaran mecanismos de protección interna en los resguardos, cabildos y concejos, lo cual logro tener amplia aceptación para construir los ejercicios de la movilización social al interior del MIMQL.

Por ende, aparece otro elemento que contribuye al fortalecimiento de la movilización social en el MIMQL. Como lo fue el consejo de las indias en donde convivían formas más curiosas de organización supra étnica en el suroccidente colombiano durante la década de los veinte. Aunque la Junta indígena de Colombia, en el seno de la cual se fortaleció el consejo de indias, no se creó de manera oficial sino hasta 1919, he intentado demostrar que, desde 1913, existían formas embrionarias de organización y movilización supra étnica en el Cauca, Huila y Tolima. (Espinosa, 2009, pág. 143).

En definitivas, los cabildos indígenas se convirtieron en piezas fundamentales para la socialización de las persecuciones al movimiento, debido a las diatribas nacientes de las propuestas ideológicas y políticas. Mostrando que Manuel Quintín Lame, al iniciar su obra, devela la existencia del blanco,

que a través de los siglos con su egoísmo soslayó la esperanza y la vida de las comunidades indígenas al interior de América Latina.

De esta manera, Quintín Lame suele ser conocido como uno de los “caciques sin cacicazgo”, “entra a encabezar un movimiento indígena nuevo, asumiendo el carácter de profeta, de maestro de una doctrina que reivindica primordialmente la tierra, la libertad y el alma de su raza (entiéndase de nuevo “gente indígena”), para tratar de reagrupar y hacer efectivos los derechos de la dispersa masa indígena de los antiguos cacicazgos, desde la meseta de Popayán hasta Tierra dentro” (Findji y Rojas, 1985, p. 75). Igual que Castillo Cárdenas, Findji y Rojas, destacan el valor decisivo que la experiencia religiosa tiene en la dinamización de la reivindicación económica, política, social y étnica del movimiento liderado por Quintín Lame. (Cardona, 2012, pág. 102).

Algunas consideraciones finales

Las aproximaciones teóricas expuesta a lo largo del texto, demuestran la importancia conceptual y epistémica que subyace en lo referente a la movilización social como categoría de análisis en los orígenes del movimiento indígena Manuel Quintín Lame. Respondiendo rotundamente a que existen nociones las cuales se articulan con los sustratos epistemológicos de la literatura de los movimientos sociales, dándose dinámicas internas en el MIMQL en donde existen actividades que responden a las acciones colectivas, el sentido de la reivindicación social, política y cultural y sobre todo a elementos como la identidad, las acciones alternas y los repertorios y formas de actuar en las esferas de lo público.

A su vez, la condición de ser un movimiento indígena refuerza la perspectiva de poseer una connotación de resistencia en donde el poder de la palabra, la visión comunitaria son instrumentos que constituyen los discursos y las subjetividades de los integrantes del Lamismo. Es por esto que las acciones que pretenden fomentar cambios provienen de la vida y obra de cada uno de los integrantes en primera media, y luego así lograr recrear otra mirada de la política y la economía como elementos que deben estar al servicio de los hombres, y no los hombres al servicio de la económica y la política, es decir un cambio de paradigma en concebir la vida.

Por otra parte, se encuentra la importancia de la figura de Manuel Quintín Lame a través de su pensamiento político, como aporte transcendental en la construcción del movimiento indígena en el sur del Tolima; en ello, aparece la confluencia del mito y de la historia. Conllevando a una descripción sobre los aportes políticos, poéticos, literarios, económicos y culturales escritos por Lame en sus obras, las cuales fueron plataformas para forjar un espíritu que pretendiera apostarle a un conjunto de acciones reivindicativas sobre los derechos de los indígenas y sus condiciones identitarias, tomando auge contra el gobierno bipartidista colombiano.

Sumando así, la recuperación de los cabildos los cuales se basaron en tener una infraestructura propicia y modesta para la enseñanza de los indígenas, dicho proyecto estuvo orientado por las acciones sociales, el sentido de solidaridad y el principio de reivindicación política, social y cultura a través de la educación. Del mismo modo, encontramos que un elemento que corrobora la apuesta

teórica de ser un movimiento social; resulta ser el proyecto Lamista en el sur del Tolima, el cual establecía que la educación indígena debía contener una mirada ética, crítica y liberadora, que buscara el surgimiento de otra forma de hacer de la política una vocación digna, y en ella se reconocían las condiciones históricas de las comunidades indígenas.

Donde se muestre efectivamente la concreción de las propuestas del MIMQL en lo relacionado con la defensa del territorio, la lucha por la autonomía, en ello el Lamismo busca transformar sus idearios y lograr involucrar políticas alternas en los campos sociales, culturales, el uso del terraje, el sistema político y jurídico, en sí, un proyecto que intentara relacionar la cultura y la memoria como elementos que constituyen las formas históricas de resistencia en la recuperación de los cabildos, resguardos y la vida comunitaria de los indígenas.

De esta forma, el MIMQL pretendía reivindicar al indígena y construir una identidad colectiva, en donde se intentara cambiar la imagen de indio bestia, mediante la conformación de un movimiento que demostrara otra forma del ser, hacer y sentir de los indígenas, así mismo, desaparecer con la visión del indio inculto y sin derechos; que se imponía al proclamarse como la única forma de cultura y rasgo de humanidad, efectivamente era una imagen impuesta por la dominación.

En síntesis, el MIMQL logra identificarse en elementos de la teoría de los movimientos sociales, ya que presenta momentos que permiten articular los discursos, que establece una diferencia significativa en la reivindicación por el territorio al interior del movimiento indígena, donde aparece Lame como el pionero del “indigenismo”, concebido como contra-propuesta cultural y de representación frente a la hegemonía de lo “blanco/ mestizo” asignada por la sociedad dominante.

REFERENCIAS

1. Araya, D. R. (2012). Governance and Subpolitics in the Critical Political Theory of Boaventura de Sousa Santos. *Perspectivas Rurales* , 73-86.
2. Arturo escobar, S. E. (1998). *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American social movements* . Boulder: Westview Press.
3. Bautista, S. C. (2012). Alternativas analíticas en el campo de la movilización social en Colombia: la acción colectiva de alto riesgo. Lecturas a propósito de la protesta campesina en el Tolima. *Estudios Políticos* , 57-79.

4. Beck, U. (2001). *La invención de lo político*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
5. Beck, U. (2014). Jerusalem Versus Athens Revisited In Ulrich Beck . *Springer International Publishing* , 71-75 .
6. Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Madrid: Paidós Ibérica.
7. Beck, U., Giddens, A., & Scott, L. (2002). *Modernización reflexiva Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
8. Borda, F. (1992). Social movements and political power in Latin America. *The making of social movements in Latin America: Identity, strategy, and democracy* . , 303-316.
9. Bourdieu, P. (2011). *A miséria do mundo*. Brasil : In *A miséria do mundo*. Vozes .
10. Bourdieu, P. (2012). Ethinking the State: Genesis and Structure of the Bureaucratic Field [1994]. *Contemporary Sociological Theory* , 375.
11. Bourdieu, P. (2013). *La nobleza de estado*. México: Editorial siglo veintiuno.
12. Cardona, G. (2012). Manuel Quintín Lame En La Confluencia Del Mito Y De La Historia. *Historia Y Espacio*, (38) , 95-119.
13. Castells, M. (2004). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura (Vol. 3)*. Madrid: siglo XXI.
14. Castells, M. (2011). *The power of identity: The information age: Economy, society, and culture (Vol. 2)* . london: John Wiley & Sons.
15. Cepeda, Y., & Muñoz, C. L. (2004). Convergencias y Divergencias entre las reivindicaciones del ELZN Y MST. *Desafíos* , 140-158.
16. Cohen, J. L. (1985). Strategy or identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements. *Social research* , 663-716.
17. Easton, D. (2006). *Esquema para el analisis politico* . Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
18. Echeverri, H. M. (2010). *Documentos para la historia del movimiento indígena colombiano contemporáneo*. Bogotá : Imprenta Nacional - Ministerio de Cultura .
19. Elias, N. (2011). Los procesos de formación del Estado y de construcción de la nación . *Historia y Sociedad; núm. 5 (1998)* , 102-117 .
20. Escobar, A. &. (1992). The making of social movements in Latin America: Identity, strategy, and democracy . *Boulder: Westview Press.* , 317.

21. Espinosa Arango, M. (2002). De la historia arranca mi derecho, Manuel Quintín Lame, el pensamiento indígena y la historia. *Revista Disonante* (págs. 83-92) , 83-92.
22. Espinosa, A. M. (2009). Capítulo 4: El Trasegar De Lame: La Quintinada. En *La Civilización Montés La Visión India Y El Trasegar De Manuel Quintin Lame En Colombia* (Págs. 120-148). Colombia: acultad de Ciencias Sociales- Universidad de los Andes.
23. García Cerda, A. (2012). Reclamos de las memorias y usos de los márgenes: movimientos indígenas en América Latina. *Política y cultura* , 135-157.
24. Giddens, A. (2013). *The third way: The renewal of social democracy*. . london : Wiley & Sons.
25. Godàs Pérez, X. (2007). *Política del Disenso:Sociología de los Movimientos sociales*. Barcelona: Icaria política.
26. Habermas, J. (1985). The tasks of a Critical Theory of Society. En H. Jürgen, *The Theory of Communicative Action*. Vol. 2 (págs. 374-403). Boston: Beacon Press.
27. Íñiguez Rueda, L. (2003). *Movimientos Sociales, Conflicto, Acción Colectiva y Cambio Social*. Barcelona: EDIOUC.
28. Jácome, A. Á. (2010). Los movimientos sociales. En D. Soliz, *Los movimientos sociales y el sujeto histórico* (págs. 7-129). ECUADOR: Flacso- Secretaría de Pueblos, Movimientos Sociales.
29. Jasper, J. M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 3(10) , 48-68.
30. Lame, M. Q. (1971). *En defensa de mi raza* (No. 1). Cauca : Comite de defensa del Indio.
31. Luhmann, N. (1991). *Sistemas sociales*. Mexico D.F: Alianza.
32. Marsh, D., & Stoker, G. (1997). *Teoría y métodos de la ciencia política*. Madrid: Alianza.
33. Martí i Puig, S. (s.f.). *Movimientos Sociales*. Recuperado el 19 de Octubre de 2014, de U.salamanca:
<http://campus.usal.es/~dpublico/areacp/materiales/Losmovimientossociales.pdf>
34. Marugán, P. R. (2002). Capítulo 1 - El descubrimiento de la sociedad y su politización- El nacimiento de los movimientos sociales. En J. F. Durá, *Los movimientos sociales: conciencia y acción de una sociedad politizada* (págs. 9-23). Madrid : Consejo de la Juventud de España .

35. Marugán, P. R. (2001). El Descubrimiento de la sociedad y su Politización. El Nacimiento de los Movimientos Sociales. En P. R. Ferri, *los movimientos sociales conciencia y acción de una sociedad politizada* (págs. 9-23). Madrid: Consejo de la Juventud de España.
36. MEDINA, A. (2000). “La ciencia política, las nubes y los relojes: el estado de la disciplina”. *Revista Mexicana de Sociología*, año LV, núm. 4 , 197-210.
37. Melucci, A. (2012). *Accion colectiva, vida cotidiana y democracia*. 1999. Ciudad de México : COLMEX .
38. Melucci, A. (1984). The new social movements: A theoretical approach. *Social science information*, 19(2) , 199-226.
39. Melucci, A. (1985). The symbolic challenge of contemporary movements. *Social research* , 789-816.
40. Molina Orjuela, D., & Caicedo Cordoba, S. (2012). MOVIMIENTOS SOCIALES: VISIONES DE ALTERNATIVIDAD POLÍTICA DESDE SUR Y CENTRO AMÉRICA. CASOS: BOLIVIA, ECUADOR, BRASIL Y MÉXICO. *Boni Et Aequi*, 8(2) , 211-250.
41. Mouffe, C. (2013). *Agonistics: thinking the world politically*. Estados Unidos : Verso Books.
42. Mouffe, C. (2005). *On the political*. Cánada : Psychology Press.
43. Mouffe, C. (2014). *Gramsci and Marxist Theory(RLE: Gramsci)* . London : Routledge.
44. Naranjo, E. R. (2009). *LA CONCEPCIÓN CULTURAL Y POLITICA DEL TERRITORIO EN EL PENSAMIENTO DEL MOVIMIENTO INDIGENA DEL CAUCA, VISTO DESDE EL DISCURSO DE QUINTÍN LAME*. Bogotá: Imprenta Nacional.
45. Parsons, T. (1999). *El sistema social*. (J. J. Blanco, & C. Jose, Trads.) Madrid: Alianza.
46. Parsons, T. (2010). *Essays in sociological theory* . Estados Unidos : Simon and Schuster.
47. Pastor, M. A. (2010). *La Negaciòn de la Historia por el Estructural Funcionalismo*. Mexico: UNAM.
48. Pont Vidal, J. (1998). La investigación de los movimientos sociales desde la Sociologia y la Ciencia Politica . *Universidad de Barcelona* , 257-272.
49. Prélot, M. (2002). *La ciencia politica*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
50. Puig, S. M. (2010). Los movimientos sociales en un mundo globalizado:¿ alguna novedad? *América Latina Hoy*, 36 , 79-100.

51. Quintn, l. M. (2009). De la Historia Acaba de Derecho, Manuel Quintin Lame. *Disonante* , 12-60.
52. Rappaport, J. (2010). *Adentro" y" Afuera": el espacio y los discursos culturalistas del movimiento indígena caucano*. Recuperado el 28 de 10 de 2014, de Universidad de Antioquia: <http://iner.udea.edu.co/seminarios/JRapapport.pdf>
53. Rappaport, J. (1984). *Tierra Paez: la etnohistoria de la defensa territorial entre los paezes de Tierradentro*. Bogotá : La Fundación.
54. Retamozo Benítez, M. (2009). Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 51(206) , 69-91 .
55. Revilla Blanco, M. (1996). El concepto de Moviennto social:Accion Identidad y sentido. *última Decada* , 1-18.
56. Revilla Blanco, M. (2005). Propuesta para un análisis del movimiento indígena como movimiento social . *Política y Sociedad vol 42* , 49-62.
57. Sánchez, J. A. (2002). Constructivismo y análisis de los movimientos sociales . *Ciencia Ergo Sum vol. 9, núm. 3* , 218- 230.
58. Santos, B. d. (2001). Los nuevos movimientos sociales. *OSAL* , 177-184.
59. Schutz, A. (2012). *Sobre fenomenologia e relações sociais*. Brasil : In Sociologia. Vozes.
60. Snow, D. A. (2007). *The Blackwell Companion to Social Movements*, Blackwell Companions to Sociology. oxford: John Wiley & Sons.
61. Sousa, B. d. (2012). De la mano de Alicia: lo social y lo político en la posmodernidad. *Cuadernos de Ciencias Jurídicas y Política Internacional* .
62. Sousa, B. d. (2010). *Refundación del estado en América Latina: perspectivas desde una epistemología del Sur*. Brasil : Plural editores.
63. Tarrow, S. (2010). he strategy of paired comparison: Toward a theory of practice. *Comparative Political Studies* 43(2) , 230-259.
64. Tarrow, S. (2012). *Strangers at the gates: movements and states in contentious politics*. London: Cambridge University Press.
65. Unicef. (21 de Octubre de 2014). *Unicef*. Recuperado el 12 de 11 de 2014, de Unicef: http://www.unicef.org/spanish/cbsc/index_42347.html
66. Uribe, G. V. (2008). Quintín Lame: resistencia y liberación. *Tabula Rasa*, (9) , 371-383.

67. Vera, F. H. (2005). *Ciencia política y teoría política contemporáneas: una relación problemática*. Madrid: Trota.
68. Vidal, J. P. (1998). La investigación de los movimientos sociales desde la sociología y la ciencia política. Una propuesta de aproximación teórica. *Revista Papers* , 257-272.
69. Zibechi, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. *OSAL :Observatorio Social de América Latina* , 185-188.